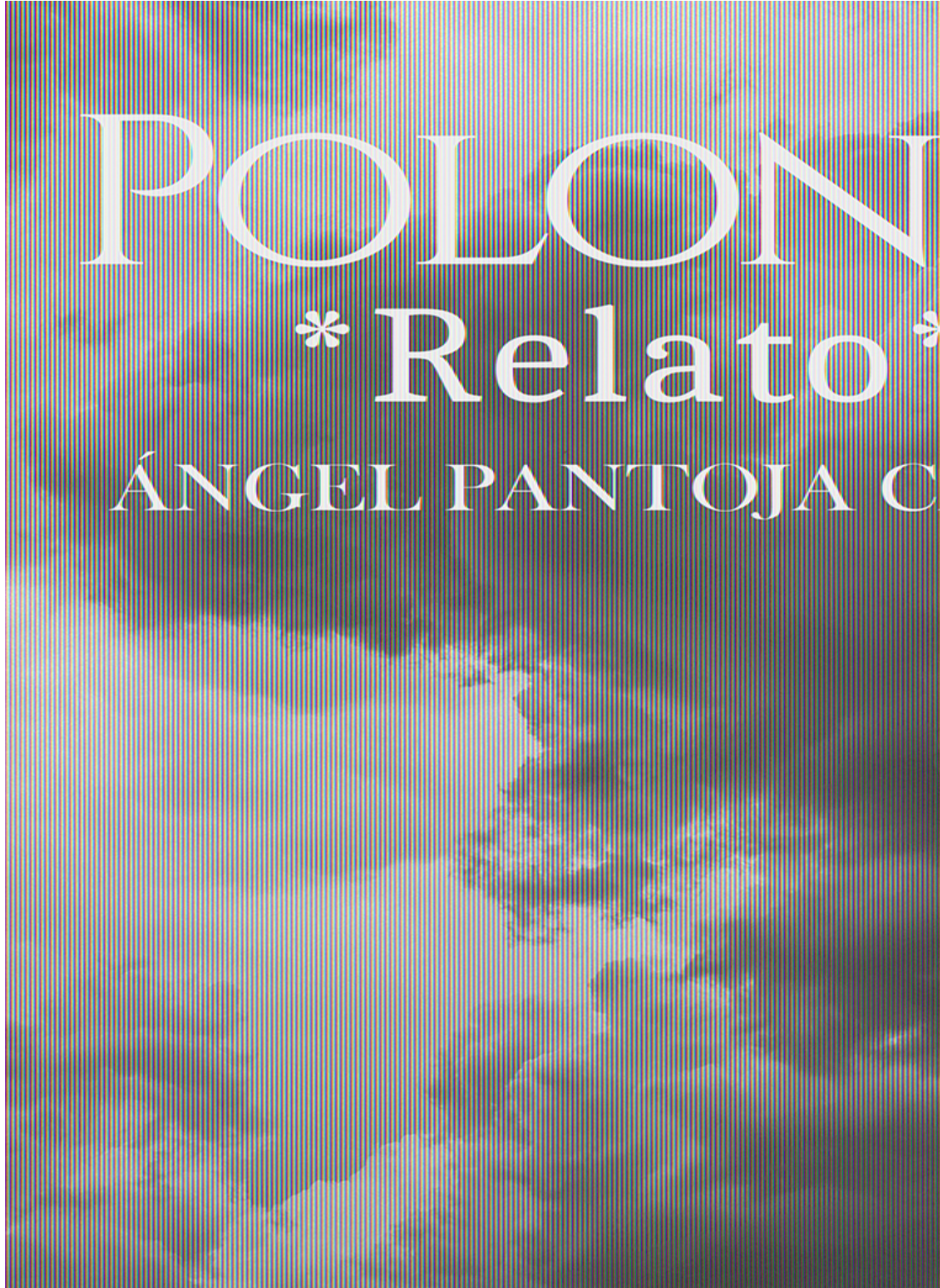


Polonia

Ángel Pantoja Cano



Capítulo 1

Una ola de placer inunda su cuerpo cuando termina. Es una sensación indescriptible. Cierra los ojos para recordarlo. Los dos sudando, forcejeando, él mostrando su fuerza, "*soy un macho*", piensa. Y después la petite mort. Acaricia su propio torso desnudo, sobre el que aún hay minúsculas perlas de sudor, mientras recuerda. Mira a su lado, y ve su cuerpo tumbado, descansando. Sonríe. "*Gracias*", susurra.

Ahora cierra los ojos, para recordar.

Parece que fuera ayer cuando lo conoció. Sin embargo, a esa misma hora, hacía ya más de una semana, fue cuando vio por primera vez a Diego.

Fue en aquella calle estrecha que lleva desde el instituto de Diego hasta la parada de autobús. Apoyado en un árbol, se colocó el gorro de lana sobre el pelo rubio y esperó a que Diego saliera de clase, mientras se entretuvo observando los coches que atravesaban la carretera.

Le llamó la atención un bulto negro envuelto en un charco rojo que destacaba en el asfalto.

Otro gato atropellado. ¿A quién le importa?

El pobre animal estaba tirado en mitad de la calzada, con las marcas del automóvil que lo había arrollado dibujadas en el cuerpo, y las tripas fuera, formando un delgado cordón rosáceo que salía como una lengua de su abdomen.

Entonces lo vio llegar, y fue cuando notó un pequeño pinchazo en su pecho. Observó a Diego pasar su mano por la pared, con abusiva cantidad de carteles. La calle aquel día estaba especialmente repleta de publicidad. Publicidad y carteles que, aun siendo cuidadosamente colocados en las farolas, los autobuses, las paredes o incluso el suelo, Diego arrancó con los dedos sin ningún miramiento. Los números de teléfono anunciados fueron destrozados, y cayeron en pequeños trozos de papel, ya inútiles. Una breve ojeada le sirvió para analizarlos: No solo marcas famosas. Desde los anuncios de músicos insoportables hasta los de profesores de guitarra que esperaban ligar colocando su cara en los carteles. Había para todos los gustos.

Incluso los más dramáticos: perros y gatos perdidos, "*Bobby, se busca*", o en el caso de personas, como el de "*Desaparecido: Lucas Belmonte, chico sensible y de personalidad inestable*", o el de "*Juliana Marcos, sufre de esquizofrenia y paranoia, por favor avise si se encuentra con ella*". Maravilloso.

Decidido, entró en escena, y se plantó frente a Diego.

Después de tantos días verlo salir de clase... tenía que lanzarse.

Pero ¿qué se suponía que tenía que decir? "*¿Hola?*" Venga ya...

-¿Tienes fuego? –preguntó, finalmente.

Diego respondió casi al instante: "*no fumo*", sin mirarle a la cara.

"*Mierda. ¿y ahora?*", pensó. Se puso rojo, sin saber qué decir... pero no tuvo que esperar demasiado, pues Diego le devolvió la mirada, clavada en su chaqueta y le preguntó:

-¿Eres del Atlético? –señaló el bordado del hombro. Una línea roja sobre otra blanca.

-Es la bandera de Polonia. -respondió. En ese momento Diego se puso rojo.

-Ah... eres... *¿polaco?* –contestó en seguida. Y aunque Diego le miraba con interés, aquella pregunta dio pie para contarle su vida. Le explicó que se había mudado tres años atrás desde Varsovia, que se llamaba Jarek, que no conocía a mucha gente, que tenía un perro negro enorme, que... que... Casi sin darse cuenta, acabaron los dos en el autobús, manteniendo una conversación amena. Diego le contó que llevaba un año en Madrid, y que tampoco conocía a mucha gente. Decidieron que algún día tomarían algo, para seguir hablando.

Ambos eran fanáticos del cine de Tarantino y de Guillermo del Toro, así como lectores de Stephen King, o de los pocos que seguían comprando discos de forma legal, por grupos como Depeche Mode.

Jarek volvió a casa con una sonrisa dibujada en la cara, que crecía cada día que veía a su nuevo amigo a la salida de clase.

Durante una semana, tuvieron fascinantes conversaciones en el autobús, en las que reían a carcajadas. Esto llevó a que Jarek perdiera el miedo de preguntarle si le gustaría ir algún día a su casa, pues el siguiente fin de semana la tenía libre.

Diego aceptó sin dudar, y ambos quedaron para la tarde del domingo.

Impacientemente, Jarek deambulaba por su casa esperando a que llegara el domingo. El sábado por la tarde la preparó para la llegada de su compañero.

Y por fin, el ansiado día llegó, y Diego llamó al timbre de la casa de Jarek. Este, nervioso, lo recibió entre toses y tartamudeos. Ataviado con una elegante camisa azul y unos pantalones viejos pero vistosos, Jarek se inclinó invitándole a entrar, pero lo forzó tanto que casi besó el suelo. Estaba demasiado nervioso.

Llevó a Diego hacia unas escaleras que bajaban, y que llevaban al sótano, según indicó Jarek.

"*¿No ibas a enseñarme ese disco?*" preguntó Diego.

"*¿El primer disco de The Doors en vinilo? Sí, por supuesto*" –contestó Jarek. Se puso más nervioso, y se rió.-

"*Es que... me gustaría enseñarte otra cosa antes*". –carraspeó, avanzó hacia la puerta del sótano y le hizo señas a su amigo para que entrara. Ahí dentro encendió la luz y Diego pudo ver una exagerada colección de vinos, licores, cervezas y demás bebidas espirituosas. Desde J&B barato hasta ron Cacique 500 o Absolut Vodka en cien mil ediciones. Una de ellas

de diamante, probablemente de un precio desorbitado.

Volvió a toser, nervioso, le miró, y se echó a reír. "*¿Sorprendido?*", le preguntó. Diego afirmó con un leve movimiento de cabeza, y la mirada distraída, aún perdida entre las botellas.

Todo cuanto Diego quiso probar, Jarek se lo sirvió en un vaso a su compañero. Tequila, Ballantine's, Passport, Cutty Sark, Bailey's, Hacienda Saruro, Eristoff... pero Jarek solo tomó un pequeño vaso de Tequila.

La colosal cantidad de alcohol ingerido por Diego se empezó a notar, cuando éste comenzó a moverse cada vez con mayor lentitud, y las mejillas se le pusieron rojas.

"Ahora todo será mucho más fácil", pensó Jarek.

Guiándolo con cuidado para que no cayera, acompañó a Diego a subir las escaleras y lo llevó hasta el salón, donde lo sentó frente a un televisor.

"Vuelvo en seguida, voy a por ese disco". "Ponte cómodo", había dicho Jarek.

Probablemente, Diego se sentiría inquieto.

Y habría encontrado su caja negra.

Allí, habría visto la silla que había frente a la estantería. Se habría subido, y habría cotilleado entre sus libros: varias novelas de Stephen King, su edición especial de American Psycho... Y al curiosear los lomos de los libros seleccionados para él, habría caído al suelo Mein Kampf, estratégicamente

colocado entre la colección de Stephen King.

Diego se habría bajado de la silla, y habría vuelto a ver la caja negra, sintiéndose tentado de abrirla. Bajo los efectos del alcohol, no tuvo ningún remordimiento por destaparla, y sacar cualquiera de las veintitrés cintas que había en su interior.

Entonces, habría puesto una de ellas... la reconoció cuando escuchó el primer grito... ¿Paula? No. Era Julia. Esa cinta la había grabado hacía dos meses. Disfrutó haciéndolo.

Cuando llegó al salón con el machete y la cámara de vídeo, vio a Diego sentado en el suelo con las manos en la boca para no vomitar. En la pantalla, ambos podían ver a un chico rubio con una motosierra, mutilando poco a poco a una chica que se movía lentamente, bajo efectos de alcohol y drogas. Sin brazos, en una larga agonía, Julia se arrastraba por el suelo entre su propia sangre, aullando de dolor, buscando una salida

que nunca ha existido.

En ese momento, el chico rubio de la pantalla la pateaba hasta que su mirada se conecta con la de la chica. Con furia, levanta la motosierra por encima de

su cabeza, y la hunde en el estómago de ella, abriéndola en canal.

-Oh... Dios... Hijo... hijo de... -empieza a articular Diego, temblando en el suelo, junto al libro de Mein Kampf, que continúa allí, como si se tratara de una señal de algún tipo.

Diego intentó vocalizar algo, mientras Jarek encendía la cámara, y

levantaba el machete. Pero no le dio tiempo a pronunciar palabra.

Otro gato atropellado. ¿A quién le importa?

Había sido espectacular. Y ahora disfrutaba con solo recordarlo.

Se levanta, se termina de desnudar y se dirige hacia su habitación para ponerse ropa limpia, cerrando la puerta del salón.

A las 9:36, Lucas Belmonte sale de casa.

Hace frío, así que se coloca su chaqueta militar con la bandera de Polonia y una gorra negra sin marca para hacer menos llamativo el pelo teñido, y atraviesa la puerta que da a la calle.

El cielo gris anuncia lluvias, así como el intenso olor a humedad que emana de la tierra, pues por lo que parece la noche anterior debió llover.

No lo sabe, ayer estaba ocupado.

Con paso tranquilo, avanza entre la gente que sale del instituto al que un día fue.

Agradece a Diego los carteles arrancados y se acerca a la parada de autobús.

Una chica rubia de unos dieciséis años espera con los brazos cruzados alrededor del pecho, cubriéndose contra el frío de la mañana.

Sus miradas se cruzan, y Lucas se acerca con una pequeña sonrisa. La chica tose, sonrojada. Él toma la palabra:

-¿Tienes fuego?